

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

TOMO LVIII

2010

NÚM. 2

ANTONIO ALATORRE
(1922-2010)

En la primera carta conservada en su archivo (1948), Bataillon informa que ha puesto en camino un ejemplar de su *Erasmus*, y ahí mismo enumera lo que será el trabajo de traducirlo al español, porque en menos de tres líneas da cuenta de las dificultades que vendrán: hay adiciones y correcciones al primer capítulo con las citas originales en español, cómo convendría poner el español –modernizar, no modernizar– según la pronunciación antigua y actual. Las preocupaciones se prolongan en la carta siguiente (20 de marzo de 1949) con suma de problemas:

por fin –escribe Bataillon– le mando la contestación a *todas* sus dudas y la copia de *todos* los textos españoles que no convenía traducir de mi francés al español [las cursivas son originales], cómo resultarán tantas frases de español arcaico y sin nervio, metidas en unas páginas de español moderno. Si tuviera tiempo... preferiría traducirlas yo del latín de Erasmo a un español mediano que Ud. perfeccionase. Ud. imagina la cantidad de horas que suponen las cuatro páginas adjuntas de textos y contestaciones. Y eso que tengo bastante memoria para dar, en general, después de unos tanteos, con el libro o con las carpetas de apuntes en que duermen desde hace más de quince años los textos que me hacen falta. Estoy decidido a hacer todo lo posible para que la traducción española salga tan esmerada como quieren mi traductor y el Fondo de Cultura.

Líneas antes se lee, “...hubiera querido contestarle hace muchas semanas, decirle cuánto me gusta el escrúpulo con que Ud. traduce mi obra magna, aunque el escrúpulo me parece excesivo a veces y creo que puede y debe, en ocasiones, sacrificarse a la soltura”.

Me extendí en la cita, porque Antonio era consciente de lo que llamaré su “problema”; alguna vez me citó –a manera de autorreproche y acentuando el énfasis– esas líneas de Bataillon sobre su exceso de escrúpulo; no obstante, se expone con claridad en esa carta un estilo de ser, de trabajar, en el que no cedió hasta su último trabajo mayor, el par de tomos voluminosos destinados a sor Juana y la recepción crítica de su obra. Pero “sacrificar a la soltura”, frase dictada quizá por la agobiante búsqueda que imponía a Bataillon, está lejos de corresponder a la prosa de Alatorre; diría que, a la inversa, la soltura lleva su erudición, la suma numerosa de datos, los temas en los que coincide con colegas de distinto rumbo, sus opiniones en contrario. Basta asomarse a “Sobre la «gran fortuna» de un soneto de Garcilaso” –texto extenso, nutrido de información, opiniones adicionales en notas de pie–, para advertir que sin sus matices de soltura habría sido muy arduo leerlo.

Cuando, tras el horizonte de la filología, asomó el estructuralismo, creo que perdió la paciencia, aunque entre sus amigos y discípulos la corriente prendía sin obstáculos. Supongo que eso de reducir el texto a los huesos, y no a todos, para llegar a conclusiones dudosas o quedar a la mitad del camino, porque el método no daba para más, era algo que sublevaba su fe en la lectura atenta y en la reflexión textual. Ejemplo muy claro fue su discurso de ingreso al Colegio Nacional, en el que descargó sobre la nueva corriente, con ejemplos concretos, toda la ironía sutil de la que era capaz y provocaba la risa del público, no del todo homogéneo, tanto por lo que decía cuanto por los matices que daba a su lectura, como en este párrafo, por ejemplo,

[...] la fascinación del tecnicismo se extiende, incontenible, a toda clase de cartelitos y signos taxonómicos: en los análisis del crítico neo-académico pululan las clases y subclases, los niveles y subniveles, los ejes, las instancias, los núcleos, las polarizaciones, los gráficos, las fórmulas, las mayúsculas con exponentes, los signos cuasi-lógicos-matemáticos, las flechitas, las rayitas de línea continua y las líneas punteadas, todo lo cual es agigantamiento del vacío, puesto que todo se hace (no lo olvidemos) a expensas de la experiencia literaria.

Supongo, también, que veía en el estructuralismo, extendido de manera excesivamente triunfal, un desgaste del que sería difícil recuperar el oficio. Y no le faltaba razón; aunque la

corriente perdió fuerza, dio lugar a otras, cuya función ha desviado la crítica literaria de los huesos al disparate con la anuencia de muchos y la renuencia de pocos.

Con la disciplina a la que era fiel había guardado en su memoria, y en fichas o apuntes no fácilmente numerables, materia suficiente para escribir sobre el millar de años del español, libro que ahora es, para los que leen, distracción instructiva –como he podido comprobar en mis alumnos de licenciatura en ciencia política–, elaborar una antología comentada, sobre el sueño amoroso entre los poetas españoles de los siglos de oro y los sonetos italianos que en ellos influyeron, sin prescindir de su interés, alimentado durante muchos años, por la poesía de la monja jerónima y la dedicación sin tasa a la *NRFH*, que por más de dos decenios no salió, literalmente, de otras manos que las suyas.

La extensa y meticulosa bibliografía, que cerraba cada número, provenía de su revisión continua de todas las revistas de lingüística y literatura que llegaban a la biblioteca de El Colegio, y de cuanta fuente secundaria pudiera echar mano. Además, era una bibliografía –que mecanografiaba en fichas individuales– sesuda, distribuida en una y otra disciplina por períodos, generaciones, evolución, de lo general a lo más complejo o puntual, de modo que se obtenía de ella no la sucesión de autores por sus nombres, sino el panorama amplio de lo que en ese momento ocurría en la lengua y literatura hispánicas. Quizá no está de más decir que, al mismo tiempo, ese estilo de orfebrería, impuesto también al material de bulto –artículos, notas y reseñas– tenía como consecuencia mediata el atraso de la revista, que muchos no entendieron, porque no sabían de esas horas no contadas de tecleo, revisión de estilo, corrección de pruebas impresas en linotipo.

Antonio ponía el mismo empeño en sus traducciones de libros que no estaban destinados al público amplio (el *Erasmus* de Bataillon, *La tradición clásica* de Highet, *La disputa del Nuevo Mundo* de Gerbi, su versión, sensatamente hecha en prosa, de las *Heroidas* de Ovidio, entre otros), a las que alimentaba con datos extra conservados en la memoria y en un archivo extenso de lo que podía necesitar algún día. Es particular encontrar el nombre de Antonio unido al oficio de traductor, aunque consta, por testimonio de los autores traducidos, que dedicó mucho tiempo al arte de manera bastante particular; Gilbert Highet, en el prólogo a los dos tomos de su *Tradición clásica* agradece las advertencias de M.R. Lida a sus imprecisiones, pero

sobre todo a mi traductor, Antonio Alatorre, que con su vigilancia siempre alerta y su notable conocimiento de la materia, me ha prestado una ayuda inapreciable (los párrafos sobre la evolución del castellano, en el cap. 6, se deben a él exclusivamente). Es poco común hallar un traductor en quien se unan de ese modo la habilidad y los conocimientos.

Y a ese propósito copio unas líneas de Highet sobre este quehacer, cuyo destino actual, por la abundancia de lo que se encuentra en el mercado, ha caído en el adocenamiento y el desprestigio: “La traducción, ese arte descuidado, es en la literatura un elemento muchísimo más importante de lo que la mayoría de nosotros cree. Es cierto que no suele producir grandes obras, pero a menudo contribuye a la creación de grandes obras”. Estas líneas son, creo, buena síntesis de lo que Antonio transmitía a ese trabajo –no el principal ni el único. Sin prescindir del dominio de la lengua, la suya y la del otro, destinaba a la traducción el mismo análisis y la misma búsqueda meticolosas que dan forma a sus artículos anotados por extenso, casi diría sin compasión, que, si no me equivoco, era su manera de enseñar. Se pueden incluir aquí sus *Flores de sonetos*, un traductor en busca de otros, que presenta, sin calificar, los experimentos más trabajados de la poesía en lengua española.

De estas líneas puede surgir la imagen de un individuo severo, poco dispuesto a desviar su orientación de la herencia clásica y la literatura española antigua; si con frecuencia nos remitía a ellas, en absoluto descuidaba lo actual, ni sus aficiones extracurriculares: la lectura puntual de *Scientific America*, y el ejercicio diario de su piano. Buen conversador, sabía distraer a cualquier público, siempre atento, con la informalidad necesaria para abrir un espacio de comodidad entre la ida y la vuelta del diálogo, sobre lo que ofrecieran las circunstancias y el momento.

M. E. VENIER
El Colegio de México